



LIBROS

SANTIAGO MALAINA, S. J.—Vida de Nuestro Señor Jesucristo, 1947, San Salvador, 478 págs.

En un volumen de buena presentación, ha hilvanado el autor dos vidas de N.S. Jesucristo. La galería de más de 150 láminas de los mejores pintores es en realidad otra vida gráfica muy apta para la psicología sencilla de nuestros fieles. La armonización de los cuatro relatos evangélicos así ilustrada por el P. Malaina, se recomienda por la autoridad del escriturista que la compuso, Lohmann; y la traducción por la firma del P. Petisco. No dudamos que la sencillez de la narración y el atractivo de los grabados satisfarán cumplidamente la devoción de los fieles centroamericanos. Enhorabuena al autor por tan feliz idea.—G.O.

MARQUEZ S. J. GABINO.—Doctrina de la Iglesia sobre el derecho de enseñar. Buenos Aires, 1951. (Un volumen de 14 x 20 y 100 págs.)

En este librito se expone breve, clara y enjundiosamente la doctrina de la Iglesia sobre el derecho de enseñar tal y como se contiene en la parte primera de la encíclica "Divini Illius Magistri".

La encíclica va inserta íntegra y después de cada párrafo, a manera de comentario, vienen las glosas en que se desarrolla la misma materia.

Esta doctrina de Pío XI queda muy bien reducida a estas tres partes:

1) Con pleno derecho la Iglesia se ocupa de promover las letras, las ciencias y las artes como útiles y necesarias para la educación cristiana, fun-

dando y dirigiendo escuelas e instituciones propias en todo lugar y en todo grado de cultura. Es en una palabra el derecho a educar de la Iglesia.

2) El derecho y deber de la familia. La familia junto con la fecundidad, ha recibido de Dios Nuestro Señor el derecho y el deber de educar enseñando por sí o por otros a sus hijos; derechos y deberes superiores al Estado, los cuales duran hasta la edad del hombre perfecto.

3) Derechos del Estado. El Estado tiene también por razón del bien común el derecho y el deber de defender los derechos de la Iglesia y la familia, cooperar económicamente a la educación y a la enseñanza y suplir cuando sea necesario con sus propias escuelas las deficiencias de los particulares.

Al fin de cada parte hace un resumen de los respectivos derechos.

La libertad de enseñanza, cuestión tan debatida entre juristas y sociólogos, no puede menos de interesar vivamente a los padres de familia, educadores, al Estado y al educando.

Juntamente con la doctrina del Sumo Pontífice y su comentario se aducen con frecuencia citas de grandes educadores como Manjón, que, 27 años antes de la publicación de la Encíclica, había dado ya la doctrina. Otras veces se aduce la autoridad de Santo Tomás, Manzoni, del Derecho Canónico, Concilio de Trento, de pedagogos y sociólogos católicos.

Acabábamos de leer la tercera edición del folleto del P. Ramón Ruiz Amado, S.J. sobre la misma encíclica que coinciden de todo en todo.

Hubiera sido muy útil refutar en for-

ma concreta algunas dificultades que el liberalismo ha planteado en esta materia, aunque en rigor ya están de alguna manera resueltas en el contenido de la doctrina.

A. LANDARECH S. J.

EDUARDO IGLESIAS, S.J.—*El Apocalipsis*, Editorial "Buena Prensa", 1951, México, (17, 5 x 23), 496 págs.

Se necesita ánimo y ambiente para presentar en forma de lecciones sacras ante el público ordinario de nuestros templos un libro tan misterioso como el Apocalipsis. Y este ánimo y ambiente muestra haberlo tenido el P. Eduardo Iglesias que ya en otras ocasiones ha manifestado que no se arredra ante parecidas dificultades.

Siendo el Apocalipsis una exhortación a la esperanza, ha querido el autor que resuene también en los oídos de nuestros cristianos que tanto se parecen en su medio histórico y en su estado de alma a los cristianos de fines del siglo primero.

De manera metódica y con un estilo correspondiente a la elevación del texto comentado, lo va explicando por partes bajo sugestivos epígrafes fundado en los comentaristas más modernos que ven en el Apocalipsis una profecía simbólica que arrancando de condiciones presentes al vidente de Patmos nos describe la marcha de la Iglesia, según el plan divino, hasta su etapa definitiva, a través de sus muchos y variados enemigos que, uno tras otro, van quedando aniquilados después de haber servido de prueba purificatoria de sus hijos.

Muy a propósito la alusión a los coros de la tragedia griega en relación con los dos ámbitos superior e inferior en que se desarrollan las escenas del misterioso libro. Según el P. Iglesias el septenario de los sellos, el de las trompetas, el de las copas, se refieren a las mismas realidades, bajo cambiantes más particularizados, que se van repitiendo en la historia de la Iglesia, pero sin que el vidente señale ningún hecho concreto (esto nos parece algún

tanto exagerado) aunque todos y cada etapa de ellos se vean representados en tan magníficos símbolos.

En la mujer del siglo XII no ve el P. Iglesias sino a la Iglesia, nada dice de la Virgen que fué su primera realización; las expresiones de 2 años y medio equivalen a las otras de 42 meses y 1260 días provienen de la duración de la persecución de Antíoco que se describe en los libros de los Macabeos y abarcan el estadio militante de la Iglesia en este mundo; los dos testigos que bien pudieran ser Moisés y Elías significan las fuerzas vivas de la Iglesia; las dos bestias representan los poderes de la fuerza pública y de seducción en sus mil variantes históricas en su lucha contra la Iglesia; el número de la bestia del mar, 666, alude a Nerón prototipo de todos los poderes públicos perseguidores; la gran prostituta encarna a las instituciones políticas, como el Imperio Romano con su capital Roma, enemigas del nombre cristiano; los mil años no son otra cosa sino una fórmula expresiva de la estabilidad del reino de paz en que los vencedores del cielo y de la tierra unidos a Cristo gozan de la vida sobrenatural de la gracia; la celestial Jerusalén, la Esposa del Cordero, nos habla de las cuatro notas distintivas de la verdadera Iglesia, una, santa, católica apostólica, en sus dos estadios temporal en la tierra y definitiva en el cielo. Es el reino de Dios en que los hombres viven de la misma vida de Dios por el don sobrenatural de la gracia que les hace presente a Dios, fuente de toda verdad y felicidad.

El Apocalipsis encierra la verdadera Filosofía de la Historia según los planes indefectibles de Dios que se sirve de sus mismos enemigos para llevarlos al prefijado término. Es verdad que las calamidades pronunciadas alcanzan, a veces por igual, a malos, tibios y buenos, pero lo que para unos ha de ser castigo o comprobante desgraciado, para los otros ha de servir de purificación y camino seguro, por más que parezca lo contrario, al triunfo definitivo. Por

eso el Apocalipsis es amonestación y aliento.

Los lectores sin duda sacarán mucho provecho de la reposada lectura del libro del P. Iglesias. Al leerlo se nos ha renovado este pensamiento: ¿No será posible algún día llevar a la pantalla el Apocalipsis? Sin duda que marcaría su cinta el ápice de la Cinematografía. —S.E.

DANIEL ROPS.—*Saint Paul conquerat du Christ*. Librairie Arthème Fayard, 18 rue du Saint Gothard, (13, 4 x 19), París, 156 págs.

Como se advierte en el Apéndice primero, esta obra no es sino un avance de otra más completa en que se estudiarán otros aspectos de la personalidad de San Pablo tales como el místico, el metafísico, el teólogo, el moralista. En esta solamente se narran las aventuras terrestres del Conquistador de Cristo en el estilo sencillo, claro, ameno y denso al mismo tiempo que el autor muestra en las otras obras que de él conocemos. En el apartado *Le messenger de L'Esprit Saint* traza una simpática semblanza del Apóstol y de manera parecida cuando la ocasión se lo pide va encuadrando su figura en el medio que lo circunda geográfico, cultural, histórico, religioso. El Apéndice segundo y tercero trata de la Cronología del Apóstol y de sus cartas con una breve reseña de su contenido. Las acertadas ilustraciones dan mucha amenidad al libro y ambientan al lector. —S.E.

Antología del Cuento Centroamericano.—Preparada por el Dr. Hugo Lindo. Universidad Autónoma de El Salvador 1949 y 1950.

El Dr. Hugo Lindo nos acaba de ofrecer en dos tomos una antología del cuento en Centroamérica.

Con lo difíciles que suelen ser estas antologías, el poeta Hugo Lindo, cuentista él también, y conocedor de las literaturas del Istmo, ha podido salvar satisfactoriamente los mil escollos que se presentan al recopilador de estas obras. En estas latitudes no se tienen a mano los libros necesarios para estos trabajos ni siquiera recorriendo las bibliotecas nacionales de todos los países; por otra parte muchos de los cuentistas que se citan no han escrito ningún libro, sus artículos están desperdigados por revistas y periódicos. No hay modo de dar con ellos. Con todo el Dr. Lindo nos ha podido reunir a los principales cuentistas, y no creo que falte ninguno de los de verdadero valor. Más bien diría yo que hay más que menos. Pero bien, donde sobra se puede quitar.

El criterio en la selección de los cuentos ha sido su gusto personal, muy depurado. Al menos se puede decir que en toda la obra no hay un solo cuento que no haga buen papel entre sus vecinos, aunque algunos de los autores incluidos no merezcan llamarse cuentistas precisamente, por aquello de que una golondrina no hace verano.

Cada autor va precedido de una pequeña biografía del mismo, cosa ésta formularia, pero metódica y de alguna utilidad para el lector que quiere saber quién es quién.

Ha adoptado para clasificarlos de alguna manera el orden cronológico de nacimiento, cosa aceptable, y más en países donde hasta sería difícil hacer una agrupación por escuelas o sistemas porque son pequeñas o escasas las diferencias de las distintas corrientes.

He preferido —nos explica— que el lector vaya tropezándose con la sorpresa, de cuento en cuento. Que no se fastidie con una línea recta; que experimente la distracción y amenidad que halla quien camina por senderos tortuosos, y encuentre ya un sendero llano y suave, ya la escarpada montaña, ya el mar...

Hay, además de la paciencia en la colección, y el trabajo de que no se extravíen para siempre, otro mérito mayor y es el buen gusto que en general ha campeado en la selección.

Queda, pues, hecho un trabajo que no teníamos, y es la antología del cuento centroamericano.

Alfonso María Landarech, S. J.

ORTIZ MUÑOZ ANTONIO.—*Mi hermana y yo damos la vuelta al mundo*. — Prólogo de Nicolás González Ruiz. Epílogo de Josefina Álvarez de Cánovas. Portada y dibujos de Antonio Cobos. (20 x 14 cms. y 159 pgs.) Ediciones Stvdivm, Madrid-Buenos Aires, 1951.

Este es un relato encantador, casi infantil, de dos hermanos, Mari Asun y Javier Daza del Valle, jóvenes madrileños, hijos de un diplomático español radicado en Tokio, que dan la vuelta al mundo con ocasión de pasar unas vacaciones en el Japón, con su padre. Javier, estudiante de sexto año de bachillerato nos cuenta a su regreso a Madrid su largo e interesante viaje en un diario íntimo de finas y humorísticas observaciones, muy acomodadas a su edad, de los numerosos y exóticos países que visitaron, 19 en total.

Se ha tenido cuidado en la narración de introducir personajes eruditos que con ocasión de lugares y referencias geográficas o históricas den el dato oportuno con toda precisión. Esto hace del libro un relato interesante e instructivo a la vez.

Como una novedad resalta el estilo y las observaciones de un escolar que narra las cosas con toda objetividad, como si las estuviera contando en una conversación a sus compañeros de bachillerato.

Domina en todo el relato una profunda religiosidad del estudiante puesta siempre de manifiesto; su fervor pa-

triótico, que se exalta ante las huellas españolas desperdigadas por todo el orbe y el gracejo y amenidad de las travesuras de sus años mozos.

Tiene, además, un marcado fin misionarial, al terminar con la entrada de Mari Asun como misionera de las Madres del Sagrado Corazón. Este libro, por otra parte, se lee con creciente interés, por toda esa ingenuidad que domina en todas sus páginas. A él puede aplicarse con toda justeza el aforismo pedagógico del clásico: enseñar deleitando, dentro de una realidad vivida con toda emoción. Y para terminar tenemos que alabar el acierto de los grabados que hacen darnos la ilusión de que acompañamos a los viajeros en su divertido paseo.

A. Landarech, S. J.

Jose MATA GAVIDIA.—“*Existencia y perduración en el Popol-Vuh*”. Guatemala, 1950, 118 págs.

La obra: Realmente no puede menos de admirar el esfuerzo mental, cifrado en el análisis de términos tan imprecisos y difíciles como los del existencialismo, sobre una materia en contraste continuo por su ingenuidad. Dotes no vulgares de análisis, penetración y correlación, demuestra el autor por todo ese estudio. De modo peculiar hace ostentación de estas facultades suyas en el “tiempo cualitativo” y el de “coexistencia” en “el libro de la Comunidad” quiché.

¿Y si alguien nos preguntase sobre la verdad de sus conclusiones; verdad desde luego en la interpretación de los datos, no de los datos mismos? Estamos por responder que nos parece demasiado vaciar en los moldes más refinados de las filosofías occidentales, las concepciones tan ingenuas del Popol-vuh. Aun suponiendo la continuidad entre los quichés y los mayas, continuidad siempre supuesta nunca proba-

da; sólo allá en la pág. 62 se indica con un probablemente: y es, por otra parte, capital a las aserciones de Mata Gavidia.

Recuerdo a este propósito la conclusión de uno de los misioneros de Belice, muy versado en los usos, costumbres y tradiciones de nuestros llamados mayances: "De mis sondeos no saco otra solidaridad con los antiguos mayas, sino que éstos se comieron a aquéllos". Sin llegar a tanto, tengo por muy problemático esa conexión con los creadores de los monumentos arqueológicos, los cuales sí llegaron a una civilización apreciable.

Creo que Mata Gavidia, si dejándose de todos esos términos oscuros del existencialismo como óntico, fáctico, ser-con, ipseidad, cosidad, se hubiese contentado con hacer un examen sencillo de la estructura social, política, religiosa y moral contenida en el libro de los antiguos quichés, hubiese perfilado una obra más real y útil, aunque de menos atuendo filosófico.

Sin duda se exagera manifiestamente al presentarnos a sus dioses como omnividentes, omniscientes, omnipresentes, omnipotentes. Atributos a cada paso desmentidos por el relato mismo y la grotesca concepción quiché de la divinidad.

¿Y el criterio del autor? Mata Gavi-

dia, es verdad, se contenta con exponer el pensamiento del Popol-vuh y de interpretárnoslo en moldes existencialistas, sin jamás concretar su opinión personal sobre las concepciones estudiadas.

Leemos por ejemplo en la pág. 18:

"Que el mito hace identidad del sujeto y del objeto y la filosofía no, es una posición que históricamente ya no escandaliza, sobre todo, después del filósofo de la identidad, Schelling y otros muchos". ¡Vaya si escandaliza a un católico el absurdo panteísmo de Schelling!

Pero donde más inquietante impresión deja el autor sobre su propia mentalidad es a partir de la pág. 49, al hablar de la coexistencia del pasado en el presente en la mentalidad maya (?), y en una especie de trascendencia semipanteística del tiempo, o netamente panteística. ¿Hace suya tal concepción Mata Gavidia? Creemos que no. Pero deseáramos una posición más definida. No que le exijamos una confesión de fe; sí algo más del influjo de la filosofía cristiana en sus ideas.

Con todo— con una suerte de *corsi y ricorsi*" tan del gusto de Mata Gavidia —terminamos repitiendo, sinceramente, que en esta obrita suya da muestras de cualidades no vulgares como filósofo.—G. O.

